

Siendo Nelo muy pequeño, lo asociaba Juan á algunas habilidades suyas con objeto de entretener al niño, animarle, y desarrollarle el gusto y la emulación del oficio. Andando el tiempo, notó en su hermano menor tan ardiente deseo de tomar parte en cuanto él ejecutaba, que poco á poco fué metiéndole en casi todos sus ejercicios, y ya últimamente, desde que Nelo era un joven, el mayor perdiera por completo la

costumbre de trabajar solo, y se encontraría fuera de su centro si no enlazase fraternalmente sus trabajos y los de Nelillo. Cuando Juan realizaba habilidades de volteo, montaba á Nelo en sus hombros, y esta superposición de los dos volteadores, que no formaban más que uno, producía en el voltear de las bolas inesperados y extraños juegos, dobles, contrapuestos y alternados. Nelo en el trapecio repetía cuanto hiciese Juan, girando en la órbita del mayor, ya confundido con su velocidad, ya ligado desde lejos á la lentitud de su moribunda flotación. En los ejercicios nuevos que el mayor había estudiado para exhibir y poner en escena al *gimnastilla*, Juan, tendido de espaldas, hacía girar á Nelo, cogiéndolo, despidiéndolo y volviéndolo á recibir con los pies, pies que á la sazón parecían dotados de la facultad prehensil, del tacto digital de manos verdaderas. Y multiplicaban las habilidades, comunes y distribuidas entre ambos, enlazando sus fuerzas, su soltura y agilidad; habilidades en que un solo segundo de desavenencia en sus cuerpos ó de mala inteligencia de su contacto, podía ocasionar á uno de ellos, y quizás á entrambos,

contratiempo gravísimo. Pero estaban los dos hermanos en tan buena inteligencia física, que la armonía y relación de la voluntad con los flexores, extensores y sus aponeurosis para la producción de un movimiento en un cuerpo, semejaba única y sola para los de entrambos.

De esta recóndita y secreta comunicación entre los miembros de los dos gimnastas cuando ejecutaban una habilidad difícil; de este contacto de caricias filiales y paternas; de estas interrogaciones de músculo á músculo; de estas respuestas de un nervio que dice á otro nervio:—¡Go! ¡Anda!;—de esta inquietud y solicitud perpetua de ambas sensitividades; de este abandono reiterado y mutuo de la vida; de esta fusión incesante de dos carnes que afrontan y vencen un mismo peligro, se originaba una confianza moral que fortalecía los lazos formados por el instinto entre Juan y Nelo, desarrollando más y más la natural propensión que á quererse tenían los dos hermanos.





XXI

Daba el anfiteatro Bescapé, con poca fortuna, algunas representaciones en Chalons del Marne, y una tarde, cuando Juan terminaba sus ejercicios, oyó que un espectador le llamaba.

Conocióle: un colega con quien solía sucederle tropezar varias veces en el año, durante la vuelta por Francia que realizaban los dos. Era el tal un hombre chico, rechoncho, nudoso como un árbol; tenía por apodo el *Recosido*, y había empezado á ejercer de saltimbanqui sin barracón ni música, haciendo subir á diez personas, en mitad de la plaza pública, á una carreta que él erguía con las espaldas. Cuando logró éxito, susti-

tuyó á la carreta un *breack* de lance, encerrado en un circuito de tapices viejos y pasados que recogía en los toneles de los curtidores. Por último, había sucedido al *breack* un carro antiguo, dorado, con el cual levantaba hoy en peso á la gente. Y susurrábase que el afortunado hombrecillo, casado ya con una prestidigitadora, ganaba buen dinero entre su carro y las vueltas de naipes de su mujer, y se daba la gran vida en las posadas, comiéndose las aves y bebiendo los vinos embotellados y lacrados.

Empezó el Recosido á contar á Juan que, por haber llegado tarde y estar ya muy adelantado el día, no le fuera posible establecer su barracón; quejóse de la escasez de *espectadores* que á la función asistían; deploró el *cochino tiempo* que hiciera todo el verano; dolióse de que la profesión, á estas alturas, se encontraba *miserable*; y á favor de sus lamentaciones, encajó esteinciso:— A propósito, muchacho... Por ahí se corre que quieres deshacerte de tu *tinaja*...—Y como Juan no respondiese afirmando ni negando, añadió:—Corriente; mañana te vienes, ¿eh? Te espero en el *Sombrero colorado*... ¡Puede que se chalanee alguna cosilla!



XXII

Encontró Juan al Recosido sentado á la mesa, en la posada del *Sombrero colorado*. A derecha é izquierda tenía sendos pares de botellas vacías, y ya asaltaba la número cinco. En su ancha faz (que ostentaba rosetas purpúreas cerca de las orejas, y cejas que

parecían pedazos de piel de conejo blanco, y más picaduras de viruelas que agujeros una criba) lucían, fundidas por el comienzo de la *insolación*, la jovialidad del gracioso de baja estofa, y la sagacidad de la mirada del labriego normando.

—¡Hola!... ¡Gracias á Dios! Siéntate, hombre, toma un vasito... ¿Conque el tío Bescapé está *abonando las coles*? Pues mira tú que le tenía yo ley al dianche del viejo... Que sí, que de buena gana asistiría á su *ceremonial*... ¡Cuidadito si cazaba largo, hombre! ¡Y qué bien... qué bien que sabía el juego del *engañabobos*! Chiquillo, atiende que te lo digo yo, yo *mesmo*, el Recosido: tenías tú un papá... de *mistó*. Y que se ha cerrado la fábrica... Que ya no se *costruyen* más por el estilo, ea... Bebe, cochino... ¿Y cuánto pides por todo tu mamotreto?

—Recosido, tres mil pesetas.

—¡Tres mil pesetas... no pintadas? ¿Pesetas de verdad? ¿Tienes gana de guasita? ¿Si pensarás que soy millonario? ¡Como en igual de la carreta me eché un carricoche dorado y todo!... Ea, mejor enterado estás tú que yo; los tiempos son fatales... No hay sino aguantarse y tomar las cosas como vie-

nen... y coger *la dinera* según la dan... Lo que es yo, no he de rabiarse por si tengo ó no tengo... A vivir, chico, y á conformarse... Mira tú, hasta mil doscientas pesetas pensaba correrme; y creí que me darías las gracias de rodillas, ¿sabes? Bebe, cochino.

—No, Recosido: tres mil pesetas; tomarlo ó dejarlo.

—Rediós, ¿qué estás diciendo, hombre?

—Usted sabe demasiado, Recosido, que son dos caballos, dos carruajes, la tienda de campaña y lo demás.

—¡Están bonitos los caballos! Uno se ha vuelto pergamino; otro suda por la cola... La *Caravana* suena á hierro viejo, como el malecón de la Herrería... Hoy en día la casa... equis... fabrica de esos coches nuevecitos, ¿estás? y con pinturas de mujeres en cueros, hechas por los mejores pintores de Paris... y salen á mil quinientas pesetas! ¡Si piensas que vale algo tu *cajón de picaros*!... ¿Pues y la tienda, la tienda construida á todo lujo? Hablando en cristiano, chico, te diré que no sé cómo le queda todavía tela *alreor* de los agujeros... ¡Bebe, marrano!

—Oiga usted, Recosido; si á usted no le

conviene el negocio, me entenderé con la *Cabra montés*.

—¡La *Cabra montés*! ¿Esa que *maridó* con un patizambo que le dicen el *Zurdero*? ¿Esa condenada trapalona que anduvo enseñando por ahí la mujer con cabeza de cerdo... y era una osa que le afeitaban la superficie enterita todas las mañanas? ¿Conque andas en tratos con la *Cabra montés*? Pues chiquillo, abre el ojo... Está *empapeladita*, ¿te enteras? ¡Inocente! Papel sellado y alguaciles á todas horas... ¡Bebe, marrano!

—Si eso es verdad, Recosido, me atenderé al tío Pizarro.

Diciendo esto, levantóse Juan.

—El tío Pizarro... ¿Ese que... que cometió un *gatuperio*? ¡Cáspita! No salgas conque aquí se despelleja á los compañeros: es que á mí me conoce todo Dios, y saben *tós* y cada uno que no hay ni tanto así que echarme en cara. Demasiado te consta á ti... ¡Bueno eres tú para que pase ni una rata sin que te enteres!... Cabalmente eres mozo que oye crecer las hierbas. Atiende, chico, he visto trabajar al chaval... ¡Demonio de lagartija, cómo adelanta! El cuerpo aquel suyo es he-

cho de mimbre... no parece sino que tiene un fandango en cada pierna... Ese mocoso hará carrera sobre las palmas de las manos... ¡Bebe, cochino!

—Gracias, no tengo sed. Conque, por último: ¿no le acomoda á usted el asunto en las tres mil?

—Hombre, contigo no valen tretas... Ni por bien ni por mal te dejas coger... Ea, concluyamos de una vez, caramba... Te doy dos mil.

—No, Recosido. Bien seguro está usted de que lo que le vendo vale más de tres mil... Oiga usted: se lo dejaré en dos mil quinientas pesetas, á condición de que me pagará usted al contado, y me contratará á mi gente.

—¿Que te la contrate? ¡Hombre, eso es tanto como pedirle á uno que se refriegue el trasero contra una ortiga! ¿Qué hago yo, bendito Dios, de esos guñapos? El sacabuche se ha quedado sin fuelle... el Hércules dudo que sirva para mozo de cordel... el *mico de las muecas*, el depositario de sal y pimienta, Cohegru, no entretiene ya ni á los perros;... la funámbula está más traída y llevada que un par de tenazas viejas... y

la muy *pellejona* anda tan maltrecha, que dan ganas de apodarla *doña Pereza de enterrarse*.

—¡Vaya, Recosido, que ya sé yo que usted la quiso robar!

—¡Ah hi-de-tal, que con esas tracitas de no romper un plato tiene aún más trastienda que su padre! ¡No, y no haya miedo que se arruine por gastar conversación! ¡Nada, chaval, está visto que sabes más que yo... ¡Ea, salgan á luz los monises!

Y el Recosido se descifó un cinto como los que usan los tratantes en ganado.

—¡Toma, aquí están tus dos mil doscientas!

—Dos mil quinientas dijimos, Recosido, y además contratarme á mi gente.

—Bueno; hay que decir amén á cuanto se le antoja á este Bescapé de los diablos.

—Ya me pagará usted, Recosido, cuando se verifique la entrega...; y venga usted pronto á hacerse cargo de todo, porque me voy.

—¿Tan de prisa? Pocas bromas; no se te ocurra organizar compañía nueva.

—No; esta vida se ha concluído ya.

—¿Mudas de oficio? ¿Vas á hacer un viaje á Jauja?

—Ya lo sabrá usted andando el tiempo.

—Trato hecho, ¿verdad tú? Pues adelántate... yo te cojo en seguida... necesito que se me cuele por el gaznate esta señora número seis... para completar mi calado.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO



XXIII

Juan, al regresar, encontró de centinela á la puerta del barracón á la *Aporreada*. Desde días atrás notaba en ella conatos de hablarle, y que al ir á verificarlo se le quedaban las palabras cuajadas en la boca.

—Al fin ha vuelto usted, señorito Juan... Hoy ha estado usted fuera mucho rato...

Detúvose, y añadió confusa y turbada:

—Ea, salga ya de una vez... He oído que ahora gustan las mujeres salvajes... que se gana dinero con eso... Al averiguarlo, me enteré de cómo se zampa uno la quisicosa... y ande usted, que no es ninguna hazaña el

comerse las gallinas crudas... No soy soberbia, y por usted me las comeré, vaya si me las comeré...; y también cigarros.

Miróla Juan. Ruborizóse la *Aporreada*, y por la obscuridad de su curtida tez cruzó el secreto de un tierno sentimiento inspirado por el joven director y sepultado en el fondo del alma. La pobre chica, buscando con amorosa devoción el modo de hacer navegar viento en popa la empresa de los Bescapés, acallaba su orgullo de primer bailarina en la cuerda floja y se prestaba con abnegación sublime á bajar el último escalón del oficio, tragando gallinas crudas.

—Gracias, pobrecilla *Aporreadamia*—dijo Juan, dándola un beso y con los ojos humedecidos:—¡tú sí que quieres á los dos hermanos, mujer! Sólo que ahora... ya los artugios están vendidos; mira, ahí viene justamente el *Recosido* á tomar posesión... No es sino mudar de director, ¿sabes? Pero si cualquier día necesitas unas pesetillas y disponen de algún *amarillo* los Bescapés, acuérdate de que hay correo... Ea, no afigirse... Mete mis trebejos y los de mi hermano en el cofre de madera, y prontito, que nos largamos hoy mismo, de seguida... Con esto, me

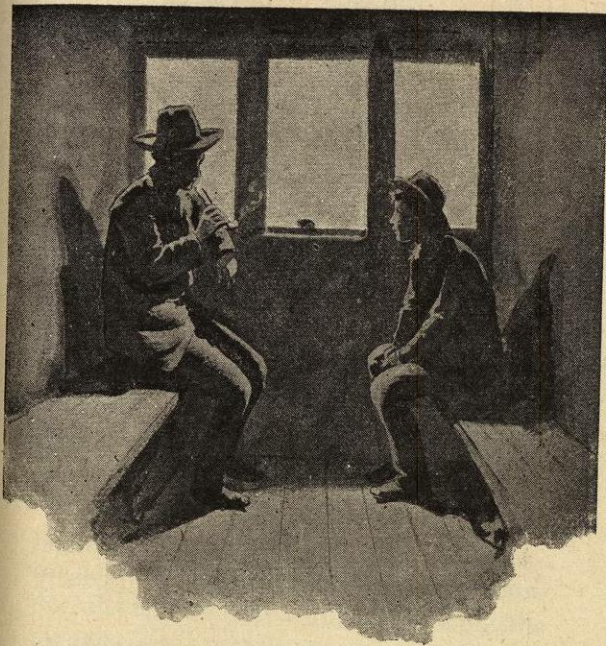
voy á entregar las llaves de la tienda al *Recosido*.

Al cabo de una hora volvió Juan, cargó en hombros el cofre, y dijo á Nelo, asombrado de tan repentina marcha:

—¡Eh, tú, hermanillo! Agarra la caja del violín, y andandito al tren de París.

Después de repartir apretones de manos á los antiguos compañeros, ambos se alejaron, y á la vez, por movimiento simultáneo, se volvieron á los veinte pasos hacia la *Caravana*, como huérfanos que acaban de vender la casa paterna, y antes de dejarla para siempre pronuncian con los ojos largo adiós á los muros en que *ellos* tuvieron cuna y *otros* oyeron sonar su última hora.





XXIV

En el vagón, decía el hermano mayor al menor:

—Hermanillo, ¿verdad que ya no te resultaba entretenido eso de siempre recorrer las provincias y descornarse en las ferias?

—Yo—contestó el pequeño con sencillez—

si tú te quedases, bien, me quedaba...; te vas, pues te acompaño...; si te largases á las Indias, á las Indias iría... y como soy, que aunque pensase que no estabas en tu juicio, haría dos cuartos de lo mismo.

—Ya lo sé—repuso el mayor; por eso sobran explicaciones... Con todo, atiende Nuestros asuntos no andaban muy que digamos: sin embargo, no por eso me determiné á vender. Es que me bulle en la cabeza un proyecto para los dos....

Y tecleando un instante con mano distraída sobre las banquetas de palo del coche de tercera, añadió Juan:

—Esta noche estamos en París... mañana intentaré que nos contraten en el Circo... y allí... ya veremos.

Dicho esto, encerróse Juan en la nube de humo de su pipa, hasta llegar á la capital de Francia; y Nelo, divertido como un niño por la variación, todo hueco al prometerse que haría su estreno en el Circo, rebotando felicidad inquieta, expansiva y locuaz, daba tormento á la soñolencia de ciertos obesos y pletóricos compañeros de viaje, vestidos de blusa, con asomarse siempre á la portezuela, con bajadas y subidas á cada estación.



XXV

Desde el andén, los hermanos se dirigieron á un hotelillo en la calle de los Dos Escudos, donde recordaba Juan haber parado algunos días, cuando era chiquito, con su padre. Por una escalera con pasamanos de madera hicieronle subir al quinto piso, y le introdujeron en un cuartito de techo tan bajo y desigual, que cuando Juan quiso mudarse la camisa, tuvo que buscar en la habitación, parte donde pudiese levantar los brazos.

Al punto salieron, comieron en el primer bodegón que encontraron, hicieron rumbo

á la calle de Montesquieu y ferieron sendos gabanes y pantalones. Asimismo adquirieron botinas de goznes y gorras.

Hecho esto, tomaron un simón, que los llevó al Circo, donde compraron localidades de primera, y con el instinto propio de quien frecuente barracones de saltimbanquis, situáronse á la entrada, al lado izquierdo. Llegaron cuando aún estaba el gas á media villa, y el gran florón de arena amarilla dibujado en el centro de la negra palestra, aún no desflorado al roce del tacón del picador; y fué para ellos un estudio muy curioso el del detalle y minuciosa preparación de un espectáculo hípico y acrobático montado tan en grande.

Iba llegando la gente; llenábanse las gradas poco á poco.

En breve, un picador, habiendo reconocido á gentes del oficio en ciertos pormenores que denuncian á los gimnastas, aunque vistan de calle:—el equilibrio rítmico de los movimientos, la flotación ondulosa del torso bajo un gabán sin chaleco, el cruce de los brazos uno sobre otro con los codos apoyados en las palmas,—dirigió la palabra á los dos hermanos y les puso al corriente

de la hora á que estaría visible el director del Circo.

Comenzaba la función.

Miraba Juan fijamente, sin decir palabra. En cambio Nelo, á cada ejercicio, lanzaba exclamaciones, pronunciaba frases como la siguiente:—¡Pues si esto lo hacemos nosotros! ¿Esto lo sabrías hacer tú? ¡Esto lo ejecutamos al cabo de quince días!

Salieron y regresaron á su fonda, costándoles algún trabajo encontrarla; y así que se desnudaron, Juan, para no atender á su hermano, que hablaba desde la cama, alegó cansancio y sepultó la cara en la pared.

